

Artículo en un libro compilado por Eduardo Robledo Rincón, *México-Mercosur: un enfoque desde la relación México-Argentina* (Buenos Aires, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, 1997)

LOS PROCESOS DE DEMOCRATIZACIÓN EN MÉXICO Y ARGENTINA: EL ROL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Torcuato S. Di Tella
Universidad de Buenos Aires
1997

Es raro que se tenga que hablar de un proceso de democratización en México, uno de los pocos países de América que no ha tenido golpes militares desde hace décadas, prácticamente desde 1920 cuando lo voltearon a Carranza. Es que después de la terrible guerra civil revolucionaria se formó un poder consensual y constitucionalista, pero de origen violento, y poco acostumbrado a preguntarle a la gente qué es lo que había que hacer. Es probable que la manipulación muy generalizado de los resultados electorales que se aplicó no hubiera sido necesaria para ganar las elecciones, pero sí lo era para legitimarlas mostrando que mucha gente daba el *sí* al gobierno, a pesar de la apatía general. De todos modos, con el avance de las luces de este siglo, la presión se hizo sentir cada vez más en el sentido de garantizar no sólo un sufragio limpio, sino un trato más respetuoso a los opositores. Pero comparado con los regímenes realmente represivos del continente, el sistema mexicano no era una dictadura, sino una democracia corrompida, lo que no es lo mismo.

En la Argentina, por contraste, el ciclo de gobiernos democráticos, semidemocráticos o directamente dictatoriales fue muy largo y repetitivo. No sólo había golpes contra gobiernos civiles, sino incluso contra gobiernos militares, lo que es más llamativo, sobre todo porque nada parecido se dio en Brasil ni en Chile. **Todos** los regímenes militares desde 1943 hasta 1983 tuvieron golpes internos que implicaron el cambio forzado del presidente, o bien enfrentamientos armados serios. Además, **todos** esos golpes contra gobiernos constitucionales, a partir de 1955, tuvieron como objeto derrocar, o impedir el acceso, de un gobierno peronista. Lo cual nos lleva al análisis del sistema de partidos de ambos países, como elemento central en la explicación de su transición a la democracia.

El Partido Revolucionario Institucional (me referiré con ese nombre al partido oficial creado en 1929 con otra denominación) es el gran invento de la Revolución Mexicana. Su característica abarcativa es típica de un fenómeno revolucionario -- bastante difundido en países del Tercer Mundo -- que destruye a una clase dominante previa, y forma un nuevo sistema productivo, con sus nuevos grupos económicos privilegiados, aparte de beneficiar de alguna manera a un amplio sector de las masas. A esto se lo puede llamar *Partido de Integración Multiclasista*, porque incluye a los sectores activos de la mayor parte de las clases sociales del país. Lo más estratégico en este proceso es que la clase empresaria industrial y comercial, aunque ya existía antes de la Revolución, fue en gran medida re-creada por ella, dado su escaso volumen previo, el subdesarrollo imperante hasta ese momento, y el carácter muy rural del país. Lo mismo puede decirse de las clases medias y profesionales en general. La destrucción de un sistema de dominación previa implica que se crean muchas oportunidades para el ascenso de nuevos sectores de la población, y ellos en general estarán ligados al régimen que lo hace posible.

A niveles populares, o sea de tipo obrero y campesino, la cosa es aún más obvia. Los campesinos, habiendo sido favorecidos por el reparto de tierras, para conseguir el cual muchos de ellos lucharon, lógicamente debían estar a favor del nuevo sistema, independientemente de

que la Reforma Agraria tuviera a la larga buenos o malos resultados. Ciertamente es que en la medida en que esos resultados a la larga demostraron no ser tan exitosos, el disconformismo social no pudo menos que extenderse en el campo.

En los sectores obreros urbanos la gran mayoría era oriunda del campo, de donde traía una ideología favorable a la Revolución, y una problemática típica del migrante rural-urbano, que busca líderes paternalistas o carismáticos en quienes creer. Así que no fue difícil para el régimen integrar también a la clase obrera y a sus sindicatos, dirigidos de manera caudillista por figuras míticas, algunas de pasado anarquista como Luis Morones, y de todos modos legitimadas por la lucha por condiciones mejores de trabajo, a pesar de la corrupción que se fue enseñoreando de ellas.

En cuanto a los militares, en gran medida originarios de la lucha revolucionaria, ellos eran apoyos centrales del sistema que contribuyeron a crear y que a menudo les permitió convertirse en altos funcionarios y aún en exitosos empresarios. No pasaba lo mismo con la Iglesia, obviamente, dados los enfrentamientos que protagonizó en su momento.

En definitiva, con un amplio apoyo a través de las clases sociales, el crecimiento económico tuvo una sólida estructura política en que respaldarse. El crecimiento fue por décadas tan exitoso que sus cifras resultan comparables a los que los Tigres asiáticos ostentaron con posterioridad. Lo que se dio fue una verdadera fiebre del oro. Como ese crecimiento estaba muy mal distribuido, un aumento en niveles per cápita de 5 ó 6% anual se convertía, para quienes estaban por encima de la línea de flotación (digamos una cuarta parte de la población) en el cuádruple, suponiendo que los demás se quedaban sin nada, o bien en un poco menos si es que había que distribuir algo hacia abajo. La gran masa de mano de obra rural barata, tanto la que se quedaba en el campo como la que afluyó a las ciudades, permitía generar el milagro de un capitalismo salvaje dentro de una revolución que supuestamente tenía ribetes socialistas, contradicción no demasiado diferente de la que se da hoy día en China. Es lo que el economista Arthur Lewis ha denominado, en un célebre artículo de los años cincuenta, una "industrialización con oferta ilimitada de mano de obra".

Todo esto, más que la represión oficial (que sin duda existió), ayuda a explicar la formación y robustez del partido oficial, como partido integrador multiclassista. Por *partido integrador multiclassista* no se entiende simplemente uno que abarque a gente de diversas clases sociales, porque eso siempre se da. Lo importante es contar cabezas, y sobre todo cabezas de gente organizada y más o menos representativa de sus grupos sociales de pertenencia. Eso es lo que el PRI ha tenido por décadas, y que lo diferencia, por ejemplo, del Partido Laborista de Gran Bretaña. Ese país, debido a su amplia industrialización, su gran proporción urbana, y la fuerza y autonomía de sus sindicatos, y también de sus asociaciones patronales, no tiene un partido de integración multiclassista, sino un Partido Laborista para "los de abajo", y un Partido Conservador para "los de arriba". Los del medio están tironeados en sentidos opuestos, pero principalmente integrados en el hemisferio conservador, pues también ellos tienen sus pequeños negocios, o sus posiciones gerenciales y administrativas que defender.

Pasemos ahora a la Argentina, donde a fines de los años treinta y comienzos de los cuarenta un no muy conocido coronel soñaba con futuros de grandeza. Para ello miraba hacia afuera, y es sabido cómo aprovechaba sus viajes para inspirarse en los ejemplos locales. Es así que se impresionó con lo que vio en Italia, donde a su juicio "se estaba construyendo el socialismo", en versión local se entiende, según declararía años después. En su estadía en Chile también vio lo que pasaba ahí, que no le gustó mucho, porque había muchos comunistas. Pero comenzó a interesarse por lo que ocurría en el resto del continente, como le ocurre a todo latinoamericano que vive un tiempo en otro país del área. Sin duda que como resultado de esto debe haber valorizado fuertemente lo que pasaba en el México de Cárdenas y de su más moderado sucesor Avila Camacho. Aunque no lo puedo jurar, creo que aparte de las conocidas influencias del fascismo y del pensamiento social cristiano, en Perón hubo una importante mirada al PRI como posible modelo de régimen de consolidación nacional.

De lo que no hay duda es que Perón hubiera querido formar cualquier cosa menos un partido como el peronista, aunque al final es de suponer que se reconcilió con su criatura. Para fortalecer al país Perón pensaba que la lucha de clases, con su polarización ideológica -- intensa en Chile, y lo mismo en Francia -- tenía que ser rigurosamente evitada. Y sin embargo las presiones estructurales hicieron que el partido que fundó protagonizara algunos de los más

intensos conflictos clasistas que se hayan vivido en la historia argentina.

Es que en la Argentina no existía la "oferta ilimitada de mano de obra" que había no sólo en México sino también en Brasil. En Brasil, justamente, esa abundancia de mano de obra rural o de reciente origen rural explica el florecimiento de la alianza varguista de dos partidos casi siempre unidos (Partido Social Democrático, PSD, y Partido Trabalhista Brasileiro, PTB), que sumados daban algo parecido al PRI. Como en Brasil no había habido una revolución, ni una reforma agraria, no era tan fácil armar un partido de integración multclasista, pero Vargas fundó una cosa parecida. Pero la clase terrateniente, lejos de estar destruída, estaba sana aunque un poco preocupada, y fue la base de una importante Derecha, expresada por décadas en la Uniao Democrática Nacional y luego por sus sucesores hasta la actualidad.

En la Argentina la mayor prosperidad disminuía la intensidad de los conflictos sociales, comparados tanto con el infierno mexicano como con el purgatorio brasileño. En este último país lo que había era un gigante dormido cuyos menores movimientos había que vigilar desde cerca. En México el gigante se había despertado y, convertido en tigre, destruyó todo lo que se le puso delante, como ya Porfirio Díaz le había advertido a Francisco Madero.

En la Argentina, esta pequeña Europa del hemisferio Sur, las cosas eran muy distintas. Como todos -- bueno, casi todos -- comían muy bien, eran de temer menos conflictos sociales, o al menos así lo proclamaba el sentido común. Juntar entonces a todas las clases sociales en un sólo haz debía ser fácil. Pero lo que el sentido común dice, a menudo la experiencia histórica lo echa por tierra en unos pocos años.

Perón, de todos modos, consiguió incluir a *algunos* sectores del Establishment, especialmente militares y clero, más una minoría de empresarios con alto sentido de la oportunidad. Pero esto no es suficiente para formar un partido de integración multclasista. Multclasista será, estadísticamente hablando. Pero los sectores altos que incorpora no son muy representativos, y se parecen más -- al menos numéricamente -- a los que hay en el Partido Laborista inglés, o en el Partido Demócrata norteamericano, que a los del PRI, que son muchísimo más numerosos, y prestigiados.

Es un lugar común de la ciencia política el clasificar en un único grupo a los diversos partidos social demócratas y ex comunistas europeos, japoneses o australianos, como formando una categoría común, a pesar de sus diferencias, que no son siempre triviales. Algo menos usual es incluir en esa categoría, como caso marginal, al Partido Demócrata de los Estados Unidos, como hacen en sus célebres análisis S.M. Lipset y S. Rokkan entre otros. Meter en la misma bolsa a los apristas peruanos o los adecos venezolanos es una conclusión obvia, aunque no es común que la hagan los científicos sociales que piensan que toda comparación es odiosa. *i Eppur si muove!*

¿Pero incluir al peronismo en ese grupo? ¡Ah, eso es demasiado! ¿Poner en la misma bolsa a partidos democráticos y limpios de toda mancha, como los Socialistas o Comunistas italianos, junto a otros autoritarios y corruptos, como el Justicialismo? ¡Eso nunca! Y sin embargo, aunque no sea obvio, la hipótesis merece un poco de consideración.

El tema es importante, entre otras cosas, para entender las complejidades del proceso -- mejor dicho, procesos, porque hubo muchos -- de transición en la Argentina. Porque una de las principales dificultades para implantar un régimen democrático ha sido, por décadas, el tener que incorporar a un partido como el Peronista, tan problemático, tan ligado a violentos conflictos de clase en su historia, de los cuales cabe sólo recordar la quema del Jockey Club, de las sedes de los partidos Radical y Socialista, de las cuatro principales iglesias de Buenos Aires más la Curia, y luego el episodio montonero, un historial que más de un militante de izquierda en Europa puede envidiar.

Por eso es que la Derecha económica, con sus apoyos militares, durante tanto tiempo trató de impedir el acceso al poder de ese partido. No porque fuera autoritario, porque eso no era grave, sino porque amenazaba directa o indirectamente, por voluntad o por no poder impedirlos, graves ataques a los intereses más vitales del régimen existente. O sea, una versión muy empeorada del socialismo europeo o asiático, casi con proyecciones comunistas.

En otras palabras, el Peronismo es algo muy distinto a lo que es el PRI, al menos desde la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que el PRI, o mejor dicho sus antepasados, mataron o arruinaron a mucha más gente, incluso de las clases dominantes, que el peronismo más embravecido. Pero una vez asentado en el poder, con el tiempo el PRI se transformó, y generó

de su seno tantos intereses creados que pudo dar seguridades indudables a la gran mayoría de las clases altas del país.

En la Argentina también las cosas han cambiado, pero los cambios son más recientes. Y aunque ellos implican moderación e incluso predominio de ideas conservadoras en el Justicialismo -- sobre todo en sectores de él -- el resultado de los cambios no puede ser transformarse en un partido como el PRI, sino en otra cosa, debido a las estructuras sociales tan distintas de ambos países, ya antes aludidas.

Tradicionalmente, el PRI ha tenido a su derecha una formación relativamente débil en votos aunque rica en pesos y en misas, el Partido de Acción Nacional, PAN; y a su izquierda un grupo numeroso y desorganizado, aún más débil en votos, y concentrado en sectores intelectuales y en minorías sindicales y campesinas. En la medida en que el desarrollo económico se fue intensificando, México aumentó su sector urbano, y vio robustecerse a su empresariado, que buscó lógicamente mayor protagonismo político. Lo mismo ocurrió con el movimiento obrero y con el campesino, cuyos sectores independientes tomaron mayor peso.

El PRI, entonces, vio su predominio jaqueado, y una de sus primeras reacciones fue apretar un poco más las clavijas. Pero ante la reacción tanto interna como externa -- con lo que esta última implica de eventual retracción de las inversiones -- el PRI finalmente se decidió por la reforma de los viejos vicios. En esta encrucijada, sus dirigentes enfrentan ahora una seria disyuntiva.

Lo más tentador, lo más lógico -- si la lógica consiste en la extrapolación del pasado -- es tratar de seguir ocupando el centro pragmático, robusteciendo sus apoyos en todos los sectores de la sociedad mexicana, aún a sabiendas de que importantes minorías de esos sectores se le están yendo hacia rebaños ajenos. Al adoptar un decidido pragmatismo, integrando propuestas que le vienen tanto de la derecha como de la izquierda, se puede esperar que los núcleos opositores no sigan robusteciéndose, esperando además que nunca se unan, dadas sus diferencias, bien grandes por cierto.

El cálculo es posiblemente correcto a mediano plazo. La unión de las oposiciones puede haberse dado en 1997 por motivos coyunturales, o de saneamiento institucional, como el de responderle al Presidente en plena sesión inaugural legislativa, pero es muy difícil, casi imposible, que ellas formen juntas un gobierno alternativo. O sea, se mantendría un sistema de tres tercios, pero con el tercio priísta del centro más fuerte que los otros, incapaces de unirse. Además, un sistema electoral adecuado puede ayudar a mantener la hegemonía sin alcanzar al 50% del voto popular, sin tener que distorsionar los resultados de las urnas. Es una apuesta fuerte, pero razonable.

La otra opción estratégica ante la encrucijada es la de tratar que el mismo PRI ocupe, de manera preferencial, uno de los dos hemisferios clásicos de la política, aliándose con el actual ocupante de ese lugar, o bien desplazándolo de él, y reduciéndolo a la condición de minoría impotente. Y este camino se bifurca enseguida, porque se puede preferir -- o dejar que ocurra -- tomar el hemisferio de la derecha, o el de la izquierda.

La reorientación neoliberal, empresista y globalizadora, que muchos creen ser la onda del futuro, parecería indicar una ocupación del hemisferio de la derecha, o una alianza con el PAN, cosa que pareció darse en determinadas secuencias del proceso de transición. Sin embargo, las tradiciones y los instintos de la militancia del PRI harían preferir una posición contraria, dentro de la izquierda del abanico legislativo. En ese caso, si el Partido de la Revolución Democrática, PRD, de Cuauhtémoc Cárdenas, demostrara ser intratable en cuanto a coaliciones, entonces se puede intentar reducirlo a la condición de minoría extremista, algo así como la Izquierda Unida española, el Partido Comunista francés, o la Rifondazione Comunista italiana, que vegetan en su diez por ciento del electorado, con núcleos fieles, capaces de ocasionar dolores de cabeza, pero no de constituirse en verdadera alternativa de poder.

Finalmente, una tercera senda algo oscura y llena de espinas, que también parte de la encrucijada, es la que llevaría a una división del PRI en izquierda y derecha, cada una de las cuales entonces sí aliada sin problemas al PAN o al PRD respectivamente. El resultante bipartidismo sería muy británico, y por lo tanto bueno, pero quizás prematuro para las condiciones mexicanas.

Debe tenerse en cuenta, al respecto, que la formación del PRD fue ya una escisión del PRI, y eso es lo que le dio votos. Esta escisión no fue suficientemente desgarradora como para

dejar en el viejo tronco sólo a gente con vocación de Derecha. Pero para que una división más cercana al corazón no ocurra, el PRI necesitará extremar su habilidad innovativa. Porque México sigue transformándose, y pronto el país de Calles y del viejo Cárdenas será apenas reconocible, y las prácticas que dieron fruto en ese entonces serán cada vez menos redituables. Este tipo de cambios ocurren en todas partes, pero en algunos períodos históricos son más completas. Porque los suizos de hoy bien pueden reconocerse en los suizos de entreguerras, y lo mismo los ingleses. En cambio esos ingleses ya eran muy distintos de los de mediados del siglo XIX, y el resultado fue que la bipolaridad Conservadora-Liberal, tan asentada en ese país, terminó por entrar en crisis, y ser reemplazada por otra de tipo Conservador-Laborista. En el proceso, el que desapareció fue el Liberalismo, que era el antiguo partido anti-Establishment, y no el Conservadorismo. No es que se puedan hacer extensiones simples del caso inglés al mexicano, pero el que más se parece al Liberalismo inglés es el PRI, lo que justifica un toque de atención, si no de alarma.

Una rápida inspección de los resultados electorales sugiere que el PRI está consiguiendo disputar más territorios al PRD que al PAN. Esto parecería indicar que abandona -- no por intención, sino por imposición de las circunstancias -- el electorado empresarial al PAN, y sigue una senda enraizada en sus blasones revolucionarios. El fin de ese camino, en un México bastante más industrial y urbanizado que el actual, sería una reedición del esquema español: una Derecha (Partido Popular en España, y PAN unido quizás a pequeñas escisiones del PRI, en México); una Izquierda moderada, no ajena a alguna implementación neoliberal (Partido Socialista allá, PRI aquí); y otra Izquierda más radicalizada pero poco efectiva (Izquierda Unida y PRD respectivamente).

Pasando ahora al caso argentino, se presenta un panorama muy distinto. El Justicialismo nunca pudo reproducir la composición multiclasiista del PRI, pese a lo que su creador hubiera deseado. Quizás en algunas provincias poco urbanizadas del interior su estructura se parezca más al PRI, pero se trata de un fenómeno periférico. El Justicialismo, por sus raíces populares y contestatarias, tiene gran dificultad en reflejar las actitudes y los intereses de los sectores de la mitad para arriba de la pirámide social. Lo que sí ha ocurrido es que el acumularse de experiencias de gobierno y de persecución, y la lectura de la parte internacional de los diarios, lo ha orientado hacia posiciones moderadas. En esto su proceso de cambios se parece al de la Social Democracia o el Euro Comunismo en el viejo continente. Pero como su composición social es más compleja, la solidaridad interna ante la nueva situación económica nacional e internacional genera en su seno tendencias divisionistas más graves que las que afectan a la Social Democracia europea.

En 1982, cuando la derrota de las Malvinas obligó al régimen militar a abrir las compuertas del voto, se volvía a plantear el espectro del peronismo clásico, caotizado tras la muerte del General en 1974, y con nuevos dirigentes y nuevas actitudes que no era fácil estimar o predecir. No había en el país un elemento equivalente al PRI, que en México era una fuerza estabilizadora, muy ligada a los sectores dominantes.

De hecho, en 1983 el peronismo ocupaba -- cantidad de votos aparte -- una posición más parecida a la del actual PRD mexicano, en cuanto a su condición de bestia negra de quienes tuvieran algo que perder. La Unión Cívica Radical tenía, cierto es, actitudes centristas y moderadas, y su acceso al poder no significaba una amenaza para nadie, ni siquiera para los militares, que en cambio temían más una venganza del peronismo clásico. Pero la debilidad electoral de la UCR le hacía difícil jugar el rol de gran fuerza estabilizadora. En las últimas elecciones libres, en 1973, había conseguido apenas un 20% de los votos, expresión de una lenta pero muy persistente declinación gradual.

Ante esta situación, Raúl Alfonsín, dirigente de un ala más renovadora dentro del Radicalismo, comenzó a tejer un sistema de incorporaciones y de alianzas, que proyectó a la UCR a la condición de partido mayoritario en las elecciones de 1983, tanto a nivel presidencial como legislativo. Para eso Alfonsín realizó una aglutinación de voluntades en dos etapas. Primero, rodeado de un grupo de asesores de raíz de izquierda bastante marcada pero ahora convertidos a la social democracia, atrajo a un importante sector del electorado, cansado de votar a pequeños partidos reformistas sin posibilidades de triunfo, o de creer en utopías revolucionarias (marxistas o peronistas). Con esto la opinión comenzó a verlo a Alfonsín y a su rejuvenecido Partido Radical como una alternativa creíble ante un Justicialismo debilitado y

desprestigiado por los acontecimientos del período 1973-1976, y luego hostilizado por los sectores "progresistas" desde su ruptura con su propia izquierda montonera. En ese momento, la Derecha, que sumando sus numerosas facciones puede llegar a representar un 20% del país, decidió votar por el mal menor, o sea Alfonsín. Esto es lo que ocurrió, y así la UCR pudo vencer con poco más del 50% a un Justicialismo reducido al 40%, dejando malparadas a unas pequeñas minorías de derecha o de izquierda que se resistieron a la polarización.

La victoria de Alfonsín fue útil para la consolidación democrática, y contribuyó a calmar a los sectores sociales. Incluso su aplicación de penalidades a los miembros de las Juntas pudo tener lugar, porque no se la podía confundir con venganza, como hubiera ocurrido con medidas semejantes aplicadas por el peronismo. Por otra parte, obligó al Justicialismo a replantearse las razones de su derrota, e iniciar una renovación profunda, a la que sólo le falta cambiarse de nombre para emular a la de los comunistas europeos.

En el Peronismo coexistían sectores de Derecha ideológica con otros de mentalidad más pragmática, y con un sindicalismo caudillista y con componentes muy ostensiblemente corruptos, pero en la mayor parte de los casos no por ello menos populares entre sus bases, que los veían como a *condottieri* eficaces, que por supuesto cobraban por sus servicios.

La renovación fue produciendo una gradual democratización interna del partido, pero su carácter de antagonista duro del Establishment siguió siendo muy marcada. Esta oposición, expresada en continuas huelgas, y en obstaculización parlamentaria (basada en un Senado donde tenía mayoría), deterioró al gobierno radical. Por otra parte, Alfonsín, buscando una vía media, terminó por enemistarse con el empresariado y por supuesto con los mandos militares, sin por eso obtener significativos apoyos sindicales. Al final, ya en las elecciones legislativas de 1987, previas a la finalización de su mandato, la UCR fue superada por el Justicialismo, lo que anunciaba una futura vuelta de los herederos de Perón a la Casa Rosada.

La victoria en 1989 de Carlos Menem, representante de sectores más bien tradicionales del Justicialismo, ocasionó una muy amplia aprehensión en el empresariado nacional y extranjero, y en la gente dedicada a la actividad cultural. Se temía el retorno de un Peronismo expropiador y violento, poco respetuoso de las libertades públicas, con la consiguiente generación de anticuerpos de tipo golpista en los ambientes de la Derecha. El pánico desatado en estas circunstancias ocasionó corridas y alarmas, que se acumularon en pocas semanas hasta producir la hiperinflación de mediados de ese año de 1989. El temor ante el futuro, generado por el inminente recambio, más que las limitaciones de los programas económicos del gobierno de Alfonsín, están sin duda detrás de la experiencia hiperinflacionaria.

Las condiciones estaban dadas, entonces, en 1989, para un retorno a períodos aparentemente superados de intervención armada y de activismo popular. Para cortar esta posibilidad de cuajo, Menem decidió pactar con la Derecha, ofreciendo el manejo de la economía a la mayor empresa nacional, clásicamente vista por la militancia peronista como parte del enemigo. El resto es historia más reciente, que cae fuera de la temática de este artículo. Pero puede decirse que ese pacto, refrendado luego por una serie de designaciones de dirigentes neoliberales en puestos de influencia, contribuyó a consolidar la democracia, aunque erosionó el apoyo electoral del gobierno que de esta manera dejaba de lado sus promesas y sus tradiciones.

La convergencia que desde entonces se estableció entre el Partido Justicialista y la Derecha significa una nueva etapa en la evolución del conflicto social en el país. La suma de ambos componentes tácticamente aliados -- el gran empresariado y el Justicialismo -- ahora sí se parece al PRI, pero no es un partido, sino una coalición sujeta a continuas renegociaciones. En alguna medida, es como la alianza que en su momento establecieron el Partido Socialista español y la muy conservadora Convergencia y Unió de Cataluña, partido del gran empresariado de esa región.

En otras palabras, que la copia de un modelo PRI, que seguramente es lo que se propone gran parte de la dirigencia peronista, no está resultando posible. En cambio, la Alianza opositora, entre la ahora bastante debilitada UCR y el más izquierdista Frente País Solidario (Frepasso), es mucho más sólida que la que en México maridaría al PAN con el PRD.

Así como el PRI enfrenta una encrucijada, lo mismo le ocurre en la Argentina tanto al Justicialismo como a la oposición. Ninguno de los dos, de todos modos, puede pretender ocupar el centro del espectro partidario. La mentalidad centrista se está, por cierto, extendiendo, al igual de lo que ocurre en la mayor parte de los países de alto desarrollo. Pero en esos países,

aunque la mentalidad de centro es predominante, el electorado está dividido entre un centro-derecha y un centro-izquierda, dejando poco lugar para partidos realmente de centro, como el Liberal en Gran Bretaña o los Demócratas Libres en Alemania.

Por otro lado, la ausencia en la Argentina de una fuerza significativa de derecha, comparable al PAN mexicano, es un problema a resolver. Gran parte de los observadores no se extraña de esa ausencia, imputándola a la cerrazón mental de las clases altas locales, sin darse cuenta de que las de otros países no son necesariamente tanto más ilustradas. Pero de hecho la ausencia de esa Derecha electoralmente presentable es extraña, y sin duda que los próximos años estarán signados por intentos para crear una fuerza que pueda ocupar ese lugar. La derecha del Peronismo seguramente tratará de hacerlo, pero el movimiento tiene demasiados componentes sindicalizados y populares como para transformarse en un Conservadorismo creíble, tácticas y alianzas aparte. Salvo, claro está, que esos sectores sindicales y de relativa izquierda se vayan del partido, o terminen, ante luchas internas, expulsados de él.

En definitiva, que las transiciones democráticas de ambos países tienen mucho que ver con la estructura de sus partidos políticos, que posiblemente estén enfrentando un período de cambios. En México la asignatura pendiente -- en el tema de lo político -- es prepararse para una alternancia de partidos en el poder, con todo lo que ella implica. En la Argentina esa alternancia ya está establecida, pero también faltan varias materias que aprobar. Aunque nos gusta quejarnos, mirando un poco atrás es realmente un privilegio comprobar que son éstos los problemas que están en el orden del día.